

IMPERIALISMO Y CAPITALISMO: REPENSANDO UNA RELACIÓN ÍNTIMA

Henry Veltmeyer*

James Petras**

RESUMEN: La literatura sobre el imperialismo sufre una confusión fundamental acerca de la relación entre capitalismo e imperialismo. El objetivo de este trabajo es aclararla. En la primera parte planteamos nuestra posición respecto a la relación capitalismo-imperialismo; en la segunda discutimos algunos puntos importantes del debate marxista sobre imperialismo, y en la tercera revisamos las formas cambiantes que ha tomado el imperialismo en América Latina bajo el desarrollo capitalista. El punto central del trabajo es la forma que asume el imperialismo en la coyuntura de desarrollo capitalista, principalmente el capitalismo extractivo. Esta coyuntura se caracteriza por la degradación del neoliberalismo como modelo económico; la creciente demanda de energía, minerales y otros recursos «naturales» en el mercado mundial; y la economía política de recursos naturales con la inversión a gran escala para adquirir tierras y recursos naturales vinculados y la exportación de materias primas. La dinámica fundamental de lo que llamamos «extractivismo imperialista» es examinada en el contexto de Sudamérica, que representa la forma más avanzada, pero regresiva, que ha tomado el capitalismo, hasta ahora, en el nuevo milenio. Nuestro análisis de esa dinámica se resume en 12 tesis.

PALABRAS CLAVE: capitalismo extractivo, imperialismo extractivo, Estado posneoliberal, saqueo de recursos, resistencia.

* Docente-investigador de la Unidad Académica de Estudios del Desarrollo de la Universidad Autónoma de Zacatecas, México.

** Profesor emérito de Sociología de la Universidad de Binghamton, Nueva York, Estados Unidos.

ABSTRACT: The literature on imperialism suffers from a fundamental confusion surrounding the relationship between capitalism and imperialism. The aim of this work is to bring clarification. In the first part, we state our position regarding the capitalism-imperialism relationship; in the second, we discuss some important points in the marxist debate on imperialism; and in the third, we review the various paths imperialism has taken in Latin America under capitalist development. The central point of this work is the way that it places imperialism at the conjuncture of capitalist development, particularly extractive capitalism. This conjuncture is characterized by the decline of neoliberalism as an economic model; a growing demand for energy, minerals and other «natural» resources in the world market; and the political economy of the development of natural resources (large-scale investment to acquire lands and the natural resources they contain, the export of primary products). The key dynamic of what we call «imperialist extractivism» is analyzed in the South American context, which represents the most advanced, but regressive, form that capitalism has taken, so far, in the new millennium. Our analysis of this dynamic is summarized in 12 theses.

KEY WORDS: extractive capitalism, extractive imperialism, post-neoliberal State, resource pillaging, resistance.

INTRODUCCIÓN

En este trabajo nos ocupamos de desenmarañar la relación íntima del imperialismo con el capital y de clarificar algo de la confusión que la rodea. Hay dos problemas principales en la forma en que a menudo se entienden y usan estos dos conceptos en la literatura. En la tradición liberal de ciencia política, la proyección del poder imperial y las dinámicas asociadas por lo general están desconectadas del capitalismo y de sus dinámicas económicas; el imperialismo se reduce a la búsqueda de dominación mundial con base en un deseo de poder o en consideraciones geopolíticas de los guardianes del interés nacional de los países más poderosos. Por otro lado, en la tradición marxista de la economía política, entre los teóricos del sistema mundial del nuevo imperialismo se encuentra una tendencia opuesta en la que la especificidad del Estado como instrumento de poder de clase se ignora y el imperialismo se reduce a una dinámica puramente económica, esencialmente se confunde imperialismo con capitalismo. En este trabajo argumentamos que el capitalismo y el imperialismo están conectados íntimamente, pero involucran dinámicas distintas en la geoeconomía y la geopolítica del capital, las cuales tienen que ser claramente diferenciadas. Presentamos este argumento en el contexto latinoamericano, en relación con el proceso de desarrollo capitalista y las dinámicas asociadas en las dimensiones temporal y espacial. Pero primero hacemos frente a varios puntos de discusión entre los marxistas en cuanto al imperialismo. Luego esbozamos las características más destacadas del imperialismo en varias etapas del proceso de desarrollo capitalista en América Latina.

DEBATE MARXISTA SOBRE IMPERIALISMO:
PUNTOS DE DISPUTA

Casi todas las teorías del imperialismo contemporáneo, tanto en su variante (neo)marxista como (neo)liberal, sólo poseen un análisis sociológico crudo del carácter de clase y político de los grupos gobernantes que dirigen

el Estado imperial y sus políticas (Harvey, 2003; Magdoff, 2003; Amin, 2001; Panitch y Leys, 2004; Foster, 2006; Hardt y Negri, 2000). Lo mismo se aplica al planteamiento teórico contemporáneo sobre el Estado imperial, el cual en gran parte está desprovisto de un análisis institucional y de clase.¹ Muchos teóricos del imperialismo recurren a una forma de reduccionismo económico en el que las dimensiones política e ideológica del poder imperial son minimizadas o ignoradas, y categorías como «inversión», «comercio» y «mercado» son descontextualizadas y presentadas como entidades históricamente incorpóreas que son comparables a través del espacio y el tiempo. Los cambios en la configuración de las relaciones de clase y las dinámicas asociadas se explican en términos de categorías económicas generales como «finanzas», «manufactura», «banca» y «servicios», sin ningún análisis de la economía política del desarrollo capitalista y la formación de clase, o la naturaleza y orígenes de la riqueza financiera —comercio ilegal de drogas, lavado de dinero, especulación inmobiliaria, etcétera (Panitch y Leys, 2004)—. En cuanto a los cambios de la orientación política y económica de los políticos capitalistas gobernantes que representan los intereses imperiales de la clase dominante, lo que resulta en la formación de lazos con otros centros capitalistas e imperialistas con consecuencias importantes en la configuración del poder mundial, son pasados por alto en favor de anécdotas abstractas sobre cambios estadísticos en las medidas económicas de los flujos de capital.

La teorización contemporánea sobre el imperialismo por lo general ignora las configuraciones de poder sociopolíticas e ideológicas de la política imperial, al igual que el papel de instituciones financieras internacionales como el Banco Mundial en la conformación del marco institucional y político del nuevo orden mundial, lo cual no sólo proporciona un sistema de gobernanza global, sino también las reglas de combate para una guerra de clases iniciada por la clase capitalista global contra el trabajo en sus

¹ Gran parte del planteamiento teórico marxista sobre el imperialismo tiende a enfocarse en las dinámicas económicas, sin embargo Panitch, al llegar a este punto y argumentar la necesidad de una teoría del Estado imperialista, no estaba consciente de un análisis anterior y más profundo del Estado imperial en Petras y otros (Panitch, 1981: 1-36).

diferentes reductos de resistencia organizada. La mayoría de los estudios contemporáneos y recientes sobre las dinámicas del poder imperial se centra en la proyección del poder militar en el proyecto de proteger y promover los intereses geopolíticos de Estados Unidos y los intereses geoeconómicos del capital monopolista en Medio Oriente y otras zonas de acumulación de capital, o en las operaciones económicas de las grandes corporaciones multinacionales que dominan la economía global. En cuanto a Medio Oriente, el tema principal en estos estudios es la amenaza que representa el islam radical (y sus fuerzas de terrorismo internacional) al acceso de una de las reservas más grandes del mundo de combustible fósil al igual que al proyecto imperialista de dominación mundial. Con respecto a las corporaciones multinacionales que dominan la economía global, los teóricos del «nuevo imperialismo» las consideran como la principal agencia operacional del poder imperial en el sistema capitalista mundial, habiendo desplazado al Estado-nación en el poder para promover el proyecto de acumulación de capital y búsqueda de dominación mundial. Mientras que los teóricos y analistas de la tradición liberal mantienen su interés en las dinámicas de la política exterior de Estados Unidos en la proyección del poder imperial, y los marxistas de la economía política internacional y los estudios críticos de desarrollo continúan concentrando su análisis en las dinámicas del poder estatal, los teóricos del «nuevo imperialismo» se concentran casi totalmente en las dinámicas globalizantes del capital monopolista.

Sin embargo, las dinámicas de las relaciones de poder imperiales son políticas al igual que económicas, e involucran al aparato político del Estado. En cuanto a las dinámicas económicas, como Lenin teorizó en un contexto muy diferente, éstas derivan del capital en busca de ganancias e inversiones productivas al igual que fuentes más baratas de materias primas, trabajo y mercado. En términos de estas dinámicas, en particular las que se relacionan con la fusión del capital industrial y financiero, la exportación de capital y el surgimiento del capital monopolista, Lenin teorizó al imperialismo como la forma más alta de capitalismo, una manifestación de sus leyes de desarrollo fundamentales.

Sin embargo, mientras los teóricos liberales del imperialismo tienden a enfatizar lo político y a aislar la dimensión política del imperialismo de sus dinámicas económicas, viendo al imperialismo meramente en términos de la búsqueda de dominación mundial o persecución de intereses geopolíticos estratégicos y el interés nacional, los teóricos marxistas que siguen a Lenin reconocen que el Estado imperial es una agencia crítica del desarrollo capitalista y una fuente fundamental del poder político militar al servicio del capital, buscado para asegurar su dominio.²

Desde esta perspectiva marxista, el imperialismo se entiende en términos de su conexión con el capitalismo y la agencia del sistema estatal imperial —la proyección del poder estatal— al asegurar las condiciones necesarias para la acumulación de capital. No es que haya un consenso sobre el imperialismo como portador del capital, una agencia de desarrollo capitalista. Por ejemplo, William Robinson amplía el argumento propuesto por Hardt y Negri (2000) y otros teóricos del sistema mundial cuando dice: «las relaciones de clase del capitalismo global ahora están tan profundamente internalizadas dentro de cada Estado-nación que la imagen clásica de imperialismo como una relación de dominación externa es anticuada» (Robinson, 2007: 7).³ Sin embargo, no está claro

² Además de las teorías que ven al imperialismo a través de la lente de intereses geopolíticos o la búsqueda racional de poder por sí misma, los teóricos liberales del imperialismo a menudo recurren a «explicaciones» culturales e incluso psicológicas del imperialismo, y lo ven en términos de un impulso psicológico atribuido al poder o, como en el caso de Razack (2004), de la «idea imperio», «la profunda creencia en [...] el derecho de dominar a otros» (Razack, 2004: 9-10); y se expande en esta algo fantasiosa y totalmente acientífica, sino absurda, teoría en los siguientes términos: «El imperialismo no sólo se trata de la acumulación sino de la *idea* de imperio [...] El imperio es una estructura de sentimiento, una profundamente arraigada creencia en la necesidad y el derecho de dominar a otros *por su propio bien*, otros que se espera sean agradecidos» (énfasis en el original).

³ Esta «imagen» del imperialismo como «dominación externa», que Robinson desacredita, está asociada con una visión que por algún motivo Robinson asocia con teorías de «nuevo imperialismo», principalmente que «el capitalismo mundial del siglo XXI está hecho de capitales domésticos y distintas economías nacionales que interactúan unas con otras, al igual que un análisis realista de las políticas mundiales motivadas por la búsqueda de los gobiernos por su interés nacional» (Robinson, 2007: 11). De hecho, Robinson agrupa a toda clase de teorías contemporáneas sobre el imperialismo, ya sean marxistas, estructuralistas o realistas, simplemente sobre la base de la suposición compartida, la cual Robinson

lo que podrían ser estas relaciones de clase, al igual que la pregunta en cuanto a qué forma toma el imperialismo bajo estas circunstancias (¿el dominio del capital sobre el trabajo?); Robinson argumenta que, en efecto, «los monopolios capitalistas nacionales» ya no necesitan «recurrir al Estado por ayuda». El corolario es que el Estado ya no necesita asumir la responsabilidad de construir el imperio y la proyección del poder imperial ya no está relacionada con las dinámicas de la acumulación de capital.⁴ En la formulación de Robinson, «el sistema de Estado-nación [...] ya no es el principio organizativo del desarrollo capitalista, o el marco institucional primario que da forma a las fuerzas sociales y de clase y a las dinámicas políticas» (Robinson, 2007: 8).

Otra suposición hecha por Robinson, compartida por otros teóricos del sistema mundial de capital transnacional y de la «empresa integrada globalmente», es que «si vamos a llegar a la raíz de las dinámicas sociales y políticas globales del siglo veintiuno», se debe descartar la tradición marxista de la teoría del imperialismo basada en las declaraciones clásicas de Lenin y Hilferding. Apoyándose en la suposición de un mundo de capitales y economías nacionales rivales, el conflicto entre los principales poderes capitalistas, la explotación de regiones de la periferia por estos poderes y «un marco centrado en el Estado-nación para analizar las dinámicas globales», esta tradición teórica es completamente inútil, incapaz —según Robinson— de comprender las dinámicas contemporáneas fundamentales del desarrollo capitalista (Robinson, 2007: 6-7).⁵

problematiza y ridiculiza, de que, en palabras de Meiksins Wood (2003: 23) «la organización nacional de las economías capitalistas ha permanecido obstinadamente persistente».

⁴ Los teóricos del sistema mundial de «capital transnacional(izado)», como William Robinson (2007), y los teóricos del «neoimperialismo», como David Harvey (2003), coinciden en la visión de que el capital «económico» es inherentemente «global» (ya no toma una forma nacional), pero que el Estado es «político» e inherentemente «nacional» (basado territorialmente y «geopolítico»), y que, por consiguiente, buscan «diferentes (no obstante, según Harvey, interconectadas) lógicas de poder».

⁵ En su crítica de la «teoría del neoimperialismo», Robinson combina (y confunde) los puntos de vista de los marxistas en esa tradición, agrupando a «estructuralistas», «realistas» y «neomarxistas».

Si, como sostiene Robinson, el capital ya no necesita al Estado imperial, ¿significa que el imperialismo desaparecerá?, o quiere decir que, como argumentó Klare (2003: 51-52), tomará la forma de «competición geopolítica [...] La pugna entre grandes potencias y grandes potencias ambiciosas de control sobre territorio, recursos y posiciones geográficas importantes como puertos [...] y otras fuentes de riqueza e influencia». ¿O significa lo que Robinson y algunos —incluyendo Amin (2001), Arrighi (2005), Foster (2003) y otros en el torrente de literatura del «nuevo imperialismo» que ha aparecido desde 2001— han sugerido o sostenido en concreto que el imperialismo es promovido, principalmente, si no exclusivamente, en forma económica a través de la agencia de las corporaciones transnacional(izadas) que representan un imperio sin imperialismo, como Hard y Negri lo pondrían, o un capitalismo más allá del imperialismo, como Robinson lo ve?

En oposición a esta algo reduccionista visión del imperialismo, sostenemos que el poder imperial está formado predominantemente por el Estado imperial y sus políticas que dan por sentado que lo que se percibe como el «interés nacional» coincide con las preocupaciones y los intereses, tanto económicos como políticos, de la clase capitalista —del «sector privado», en el discurso oficial—. A pesar de argumentos en sentido contrario, y tomando en consideración sus dinámicas tanto económicas como políticas y sus operaciones actuales (inversiones, producción, ventas), el imperialismo ahora como antes está claramente diseñado y trabaja para promover el proyecto de acumulación de capital en cualquiera y en cuantas formas sea posible —para penetrar mercados existentes y abrir nuevos, explotar el trabajo tan humanamente como sea posible pero tan inhumanamente como se necesite, extraer plusvalía de los productores directos donde sea posible y acceder o procesar materias primas y minerales cuando se necesite—. En lo que concierne a la clase capitalista, el objetivo y la agenda de sus miembros individuales e institucionales es acumular capital. En cuanto al Estado liberal y sus agentes y agencias, incluyendo el Banco Mundial y las agencias de cooperación internacional para seguridad y desarrollo, la agenda es simplemente pa-

vimentar la vía para el capital, crear las condiciones necesarias para el desarrollo económico y social. En ninguno de los casos el desarrollo disparado de las fuerzas de producción y sus condiciones sociales (desigualdad social, desempleo, pobreza, degradación social y ambiental, etcétera) están en la agenda; sino más bien, estas condiciones son las consecuencias no planeadas o «estructurales» del desarrollo capitalista, y, como tales, son costos inevitables y aceptables del progreso que necesitan ser manejados y, siempre y cuando sea posible, mitigados en el interés de la seguridad y el desarrollo.

Bajo estas condiciones estratégicas y estructurales, es revelador, pero no particularmente útil, medir el impacto del imperialismo meramente en términos económicos del volumen de ingresos (inversión extranjera directa (IDE), préstamos bancarios, inversiones de cartera, etcétera) y salidas (ganancia, pagos de interés, etcétera) de capital.⁶ Esto se debe a que el imperialismo es una cuestión de clase y poder estatal y, como tal, un asunto de la política y la política económica —cuestiones que no son tomados en cuenta en el análisis de la contabilidad nacional—. Aquí no sólo hablamos de las dinámicas estructurales del desarrollo desigual capitalista (el «desarrollo del subdesarrollo», en la formulación de André Gunder Frank), sino de relaciones de poder sociales e internacionales y competencia entre clases imperiales y locales, entre oficiales y representantes del Estado imperial y el Estado en «economías emergentes» y «sociedades en desarrollo». Bajo las condiciones actuales de rápido crecimiento económico y desarrollo capitalista en la periferia sur del sistema mundial, estas relaciones son muy dinámicas y cambiantes. Hoy en día, en ningún caso pueden ser descritas como relaciones de dominación y subordinación. Además, los miembros de la clase gobernante global (inversores, expertos financieros, grandes banqueros, industrialistas, etcétera) deben competir

⁶ En estudios anteriores los autores de hecho lo hicieron —midieron el impacto y consecuencias del imperialismo estadounidense en América Latina— pero este análisis económico (Petras y Veltmeyer, 2005b, 2007b) fue contextualizado en términos de la proyección del poder estatal estadounidense a nivel de fuerza militar, hegemonía ideológica (globalización), imposición de una agenda política y política exterior.

unos con otros no sólo en el mismo sector, sino en diferentes países dentro del sistema capitalista e imperialista mundial. Esto no sólo es una cuestión de rivalidad intercapitalista e interimperialista, también es una cuestión de desarrollo y política incrustada en la estructura social de la relación capital-trabajo y la estructura económica de las relaciones internacionales dentro del sistema mundial. Por ejemplo, dentro de la dinámica y cambiante estructura de este complejo sistema de clase y relaciones internacionales, los oficiales de los Estados con una posición subordinada en el sistema estatal imperial insistirán en la transferencia de conocimiento tecnológico, administración y mercadotecnia para fortalecer la capacidad de competición de sus capitalistas y para que puedan obtener beneficios, extraer rentas y servir a su «interés nacional».

En cuanto a las relaciones de «dominación» y «dependencia» entre naciones al estilo de una división Norte-Sur, la estructura de la producción global y las relaciones internacionales de «dominio» y «subordinación» son dinámicas y cambian con el tiempo, en parte porque las inquietudes geopolíticas y económicas del Estado-nación sujetas al poder imperial llevan a la búsqueda de una autonomía relativa por parte de los oficiales estatales y políticos en estos países, al igual que la protección del interés nacional. «Desarrollos» en esta línea han resultado en cambios cualitativos en las relaciones entre Estados capitalistas imperiales y emergentes.⁷ Por lo tanto, la teorización que sólo se enfoca en el análisis de entradas y salidas de capital —como si el país «anfitrión» fuera un «factor en blanco»— o en un énfasis en la estructura de la producción global con base en una división internacional del trabajo fija, no puede dar cuenta de las dinámicas del desarrollo capitalista en países y regiones de la periferia del sistema con los del centro.⁸

⁷ China, Japón, Corea del Sur, los países de alto crecimiento del Este asiático son un excelente ejemplo de países que van más allá de la dependencia a economías independientes de alto crecimiento (*Financial Times*, 25 de marzo de 2010 y 22 de febrero de 2010). Sobre China, véase «China da forma al mundo» (*Financial Times*, 21 de enero de 2011).

⁸ *Monthly Review Press*, comenzando con el libro de Paul Baran, *La economía política del crecimiento* (1957), fue notable en destacar el impacto «unilateral» del capital extranjero.

Ni este tipo de teorización economicista puede explicar las características dinámicas del sistema capitalista mundial, por ejemplo el cambio de poder económico de Norteamérica y Europa Occidental a Asia China e India, para ser precisos.

DESARROLLO CAPITALISTA, LUCHA DE CLASE E IMPERIALISMO

Al esbozar su concepción de materialismo histórico, base del marxismo como ciencia social, Marx había argumentado que en cada etapa del proceso de desarrollo capitalista⁹ —el desarrollo de las fuerzas productivas— se puede encontrar un sistema de relaciones de clase y lucha correspondiente. Para Marx, esto era una cuestión de principio básico surgido de un conflicto fundamental entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción; pero podría haber añadido que en cada etapa del desarrollo capitalista también se puede encontrar una forma de lucha de clase correspondiente y distinta basada en las fuerzas de resistencia a este avance, al igual que el imperialismo en una forma u otra y claramente entendido como la proyección del poder estatal al servicio del capital, para facilitar su avance en la esfera de las relaciones internacionales y asegurar su evolución en y como un sistema mundial. Es decir, la proyección del poder estatal en la búsqueda de dominación mundial —establecer hegemonía sobre el sistema mundial— es una condición necesaria del desarrollo capitalista. El capitalismo requiere que el Estado no sólo establezca las condiciones necesarias de un proceso de acumulación de capital, sino que asegure su expansión inevitable —la ampliación de la relación

⁹ El desarrollo puede entenderse en dos formas: *a*) como un *proyecto*, es decir, una idea puesta en práctica a través de un plan estratégico o una estrategia basada en objetivos para producir un fin deseado conscientemente; y *b*) como un *proceso* formado por condiciones que son objetivas en sus efectos sobre las personas y países, según su ubicación en un sistema, y por fuerzas de cambio que se levantan en respuesta a estas condiciones (Veltmeyer, 2010).

capital-trabajo y sus mecanismos de explotación económica (la extracción de plusvalía del trabajo de los productores directos)— en un sistema mundial.

Lenin había teorizado esta proyección de poder estatal al servicio del capital como una etapa más avanzada del proceso de desarrollo capitalista, que incluye una fase de «acumulación originaria» (en la que los productores directos son separados de la tierra y sus medios de producción) y un proceso por el que los pequeños productores agrícolas o los granjeros campesinos son proletarizados, convertidos y remodelados en una clase trabajadora. Como Lenin lo vio, el imperialismo concebido así (como el «estado más alto de capitalismo») presentaba: *a*) la fusión de capital industrial y financiero; *b*) la exportación de capital en busca de mercados rentables en el extranjero; *c*) la división territorial (y colonización) del mundo por poderes capitales europeos dentro del marco institucional y político de *Pax Britannica* (la hegemonía y dominio de Estados Unidos); y *d*) una división internacional del trabajo basada en el intercambio internacional de productos básicos por bienes fabricados en el centro del sistema. Estas características abarcaban una dinámica económica de acumulación de capital, pero esta dinámica y la estructura económica de este sistema obviamente requerían y estaban aseguradas políticamente con la proyección del poder estatal, incluyendo la fuerza militar.

De forma inteligente, Lenin identificó las características estructurales fundamentales del sistema capitalista mundial en esta etapa de desarrollo. Sin embargo, era engañoso caracterizarlo como «imperialismo», ya que la proyección de poder estatal imperial de clases fue una característica marcada del capitalismo en una fase más temprana en la evolución del capitalismo como un sistema mundial, específicamente el mercantilismo, un sistema en el que el capital del comerciante se acumulaba a través de la expropiación de recursos naturales como la explotación del trabajo, al igual que el comercio internacional aprobado y regulado por el Estado. Y el imperialismo también fue una característica marcada y un complemento del proceso de acumulación de capital en periodos posteriores del desarrollo capitalista, como se discute abajo.

IMPERIALISMO EN UNA ERA DE DESARROLLO CAPITALISTA LIDERADO POR EL ESTADO (1950-1980)

Tras la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos emergió como una superpotencia económica, al mando de, al menos, la mitad de la capacidad industrial del mundo y hasta 80 por ciento de los recursos financieros o capital para inversiones productivas. Habiendo reemplazado a Gran Bretaña como el líder de lo que en ese tiempo se describía como «fuerzas (económicas y políticas) de libertad», y para responder a una aparente amenaza potencial proveniente de su aliado ruso durante la guerra, la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS), que también había emergido de la guerra como un poder industrial pero representando un sistema socialista alternativo para expandir las fuerzas de producción nacional, Estados Unidos lideró la construcción de un orden mundial capitalista en la forma del sistema de Bretton Woods (Bienefeld, 2013; Frieden, 2006; Peet, 2003).

Este sistema incluía dos instituciones «financieras internacionales» —Fondo Monetario Internacional (FMI) y lo que se convertiría en Banco Mundial—, al igual que un Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés), un mecanismo institucional para negociar acuerdos de libre comercio que se convertirían en la Organización Mundial del Comercio (OMC). Este sistema proporcionó un conjunto de reglas usadas para controlar las relaciones de comercio internacional —reglas que favorecieron las operaciones y expansión de lo que surgió como un complejo de corporaciones multinacionales predominantemente estadounidenses y, por tanto, a la hegemonía del capital estadounidense—. Sin embargo, también proporcionó el marco institucional de un proyecto de cooperación internacional con los esfuerzos de construcción de la nación y el desarrollo de un gran número de países que se involucraron en una guerra de liberación nacional e independencia de los poderes coloniales que los habían subyugado durante tanto tiempo.

En este contexto, el capitalismo condujo a un proceso de transformación productiva y social —la transformación de un sistema económico basado

en la agricultura y una sociedad agraria y sistema social basados en relaciones de producción precapitalistas a un sistema capitalista industrial moderno basado en relaciones de producción capitalistas, o trabajo asalariado—. ¹⁰ El mecanismo básico de esta transformación fue la explotación del «suministro ilimitado de plustrabajo rural» liberado en el desarrollo capitalista de las fuerzas de producción en el sector agrícola (Lewis, 1954).

Este proceso de desarrollo capitalista, y el proceso de transformación productiva y social asociado, puede ser rastreado en diferentes países y regiones en diversos puntos del tiempo. Pero el proceso se desarrolló en formas distintas, enfrentando diferentes fuerzas de cambio y resistencia en la lucha de clases, en los países al centro del sistema y en aquellos en la periferia. Primero, en las regiones periféricas (América Latina y el Caribe, partes de Asia y África) se encontraban países que luchaban por escapar de la subyugación colonial y la explotación imperialista, al igual que del dominio de clase. Los gobiernos en estos países estaban en una posición de escoger entre un camino capitalista y uno socialista hacia la construcción de la nación y el desarrollo económico, una situación que requirió una respuesta estratégica y política de los guardianes del orden mundial capitalista. La respuesta: contribuir al proceso de desarrollo en estos países. Para los Estados en los países desarrollados y las organizaciones internacionales e instituciones financieras sería proporcionar asistencia técnica y financiera (ayuda exterior, en el léxico del desarrollo internacional) a los países subdesarrollados y menos desarrollados en la periferia del sistema. En este contexto es posible ver la idea y todo el proyecto del desarrollo internacional a través de la lente de la teoría imperialista —una forma distinta de imperialismo (Petras y Veltmeyer, 2005a; Veltmeyer, 2005).

Hay suficiente evidencia para sugerir que los Estados más poderosos dentro del marco institucional y el sistema que ahora puede ser descrito

¹⁰ Los estudios del proceso de cambio social y desarrollo económico involucrados en esta transición al capitalismo en la agricultura y la transformación resultante estaban basados en tres metateorías y narrativas alternativas: industrialización, modernización y proletarianización (Veltmeyer, 2010).

como *Pax Americana* (hegemonía y dominio de Estados Unidos) en la era de posguerra del capitalismo comenzaron a desplegar la idea de desarrollo como una forma de facilitar la entrada y las operaciones del capital en países de la periferia, en el desarrollo de sus fuerzas de producción y la acumulación de capital en el proceso. En este contexto se desplegó presión diplomática y fuerza militar según fuera necesario o lo dictaran las circunstancias, pero sólo en segundo término, es decir, una estrategia y táctica de último recurso. Por tanto, la proyección de fuerza militar para lograr los objetivos del Estado imperial usada predominantemente por Estados Unidos en la década de los cincuenta y principios de los sesenta para mantener el orden imperial en su patio trasero —Guatemala (1954), Cuba (1961), República Dominicana (1963, 1965), Brasil (1964), Guyana (1953) y Chile (1973)—.¹¹ Después del golpe militar orquestado en Chile, esta estrategia de intervención militar directa y golpes militares auspiciados cedió el paso a una guerra subsidiaria, que implicó el financiamiento tanto al aparato de elaboración de políticas relacionadas a programas de desarrollo y sociales como al aparato represivo (las fuerzas armadas) desplegado por sus aliados latinoamericanos.

Del mismo modo que en los años cincuenta, posteriormente se usó el proyecto imperialista de Cooperación Internacional para el Desarrollo para disuadir a aquellos países que buscaban librarse del yugo del colonialismo y de dirigirse a un camino socialista hacia el desarrollo nacional, el gobierno de Estados Unidos como un Estado imperialista recurrió a la idea de «desarrollo» como un medio para prevenir «otra Cuba» y alejar a los «pobres rurales» de la opción del cambio revolucionario proporcionado por los movimientos que habían emergido en América Latina (Petras y Veltmeyer, 2007a).

¹¹ Podría recordarse que el éxito de los inversionistas estadounidenses en Guatemala (1954) hizo que Estados Unidos repita su política con Cuba en 1961 —una política que llevó a la derrota—. Los exitosos golpes militares orquestados por Estados Unidos en Brasil (1964) e Indonesia (1965) y la invasión de la República Dominicana (1965) alentarón a Estados Unidos a profundizar y extender su invasión militar a Indochina, lo que llevó a una derrota histórica pero temporal de los estrategias políticas imperiales y a un profundo debilitamiento del apoyo político local.

En aquel momento (años cincuenta y sesenta) la lucha de clases adoptó dos formas principales. La primera fue una lucha por las tierras iniciada por el campesinado, la mayor parte del cual había sido ya sea proletarizado (convertido en «sin tierra») o semi-proletarizado (forzado a tomar el camino laboral para salir de la pobreza rural).¹² Muchos de los campesinos proletarizados y empobrecidos, separados de sus medios de producción y medios de vida, escogieron emigrar y tomar el camino laboral de desarrollo delimitado por el Banco Mundial (2008) y los teóricos de la modernización. Sin embargo, muchos otros escogieron resistir en lugar de ajustarse a las fuerzas de desarrollo capitalista que incidía en ellos, unirse a los movimientos sociales revolucionarios en forma de «ejércitos de liberación nacional»; por medio de una estrategia y política triple de: *a*) reforma agraria (expropiación y redistribución de tierras para quien la trabaja); *b*) desarrollo rural integrado (asistencia técnica y financiera al pequeño campesino dueño de tierras o granjero familiar), y *c*) represión (uso del puño de hierro de la fuerza armada oculta en los guantes de seda del desarrollo integrado). El Estado imperial, a través de sus aliados en los Estados locales, ha logrado derrotar o «echar a tierra» a los movimientos sociales involucrados en la lucha por las tierras. La única excepción fueron las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), que hasta hoy continúan siendo una fuerza poderosa de resistencia contra las incursiones del capital en Colombia.

La segunda forma principal de lucha de clases en ese momento tenía que ver con la relación capital-trabajo, e involucró a la clase trabajadora en un movimiento organizado en busca de salarios más altos y mejores condiciones de trabajo y en contra del capital y el Estado. Esta lucha fue parte de una guerra de clases global lanzada por el capital en los

¹² En teoría —la teoría formulada por economistas y sociólogos del desarrollo como la «teoría de modernización» y por marxistas tradicionales— el desarrollo capitalista de la agricultura podría llevar a la conversión de los campesinos en una clase trabajadora asalariada, pero en condiciones capitalistas de la periferia; en los ochenta, el resultado final fue la semiproletarización, la formación de un proletariado de trabajadores sin tierra y un proletariado urbano de trabajadores callejeros trabajando no por los salarios, sino «por su cuenta» en el sector informal.

años setenta en el contexto de una crisis sistemática de sobreproducción (Crouch y Pizzorno, 1978). Una de las varias armas desplegadas en esta guerra fue el poder estatal, a través de su papel de elaboración de políticas, para debilitar mortalmente al movimiento laboral en su capacidad organizativa de negociar contratos colectivos por salarios más altos y reducir la participación del trabajo en la renta nacional. Este enfoque fue particularmente efectivo en América Latina, donde el Estado imperial, a través de las organizaciones internacionales e instituciones financieras bajo su mando, estaba en posición de imponer al movimiento laboral reformas «estructurales» favorables al mercado. Como resultado de estas reformas, en la relación de capital-trabajo la participación del trabajo (salarios) en la distribución de la renta nacional en muchos países latinoamericanos se redujo hasta 50 por ciento.¹³ Por ejemplo, el poder de compra del salario promedio en Argentina en 2010 fue menor —después de seis años de recuperación económica y rápido crecimiento económico promovido por las exportaciones— a lo que fue en 1970. La pérdida del poder adquisitivo o valor de los salarios fue particularmente marcada a nivel del salario mínimo regulado por el gobierno, lo que a través de los años ochenta y noventa el Banco Mundial argumentó sin descanso era la causa principal de los bajos ingresos, pobreza e informalización en la región. Por ejemplo, en México, el país que siguió las constricciones de Washington y el Banco Mundial con respecto a la desregularización del mercado laboral, de 1980 a 2010, durante tres décadas de neoliberalismo, el salario mínimo perdió hasta 77 por ciento de su valor (Romero, 2014).

Mientras que el Estado imperial estaba involucrado indirectamente en la lucha de tierras a través de un programa de cooperación internacional que fue implementado por el Estado latinoamericano, pero financiado

¹³ Como señala el *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe*, publicado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) en varios años, la participación de los salarios en la renta nacional de 1970 a 1989, después de menos de una década de neoliberalismo, se redujo en los casos de Ecuador y Perú de 34.4 y 40 por ciento a 15.8 y 16.8 por ciento, respectivamente.

por oficiales del Estado imperial, el imperialismo, cara a cara con el movimiento laboral, tomó la forma de una lucha armada en contra de «subversivos» (una gran coalición de fuerzas urbanas de resistencia movilizadas por la «izquierda política»); la lucha fue liderada por las fuerzas armadas del Estado latinoamericano, particularmente en Brasil y en el cono sur de América (Chile, Bolivia, Argentina, Uruguay), aunque financiada por (indirectamente) y bajo el comando estratégico de Estados Unidos, y operando en el marco de una ideología y doctrina (la doctrina de Seguridad Nacional) elaborada dentro del aparato ideológico del Estado imperial. A finales de los años setenta, este movimiento también había sufrido la derrota, sus fuerzas desorganizadas y desarticuladas bajo el peso combinado de la represión estatal y las fuerzas generadas en el proceso de desarrollo capitalista. Con la derrota de los principales frentes de la lucha de clase y el movimiento popular, aunado al resurgimiento de la derecha en forma de un movimiento político contrarrevolucionario y una ideología de capitalismo de libre mercado, el escenario estaba listo para un mayor cambio en la correlación de fuerzas contrarias dentro la lucha de clases. El imperialismo tendría un papel importante en este proceso.

IMPERIALISMO Y CAPITALISMO EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL (1980-2000)

El neoliberalismo, como una ideología del capitalismo de libre mercado y doctrina de la reforma política hacia el capitalismo de libre mercado —«el nuevo modelo económico», como fue denominado en América Latina (Cfr. Bulmer-Thomas [2006])—, estuvo en gestación durante unas cuatro décadas, elaborado por un colectivo de pensamiento neoliberal y organizado por Van der Hayek (Mirowski y Plehwe, 2009). No fue sino hasta los años ochenta que las condiciones necesarias para traer estas ideologías al poder estatal, es decir, en una posición para influenciar y dictar políticas, estaban disponibles o creadas. Estas condiciones incluían la no resuelta crisis siste-

mática de sobreproducción, una crisis fiscal en el Norte y una inminente crisis de deuda en el Sur, y la derrota del movimiento popular en la lucha de clase por tierra y trabajo.

Bajo estas condiciones, el Estado imperial, a través de sus organizaciones internacionales e instituciones financieras, movilizó sus diferentes poderes con el fin de mover las fuerzas necesarias para reactivar el proceso de acumulación de capital. El principal problema aquí —desde una perspectiva capitalista e imperialista— fue cómo librar a las «fuerzas de libertad» (para citar el *Informe de Seguridad Nacional 2012* de George W. Bush) de las restricciones normativas del Estado desarrollista de bienestar social. La solución: un programa de «reforma estructural» en la política macroeconómica (el elogiado programa de ajuste estructural construido por los economistas del Banco Mundial y el FMI) dentro del marco del Consenso de Washington (Williamson, 1990).

Para 1990 todos, excepto cuatro países latinoamericanos, habían sucumbido o se unieron al Consenso de Washington en lo que respecta a un programa que les fue impuesto como una condicionalidad de ayuda y acceso a los mercados de capital para renegociar la deuda externa. Y en los años noventa, en un tercer ciclo y generación de reformas neoliberales,¹⁴ los regímenes neoliberales gobernantes en tres de estos Estados —Argentina, Brasil y Perú— hicieron lo mismo, generando condiciones que facilitarían una entrada masiva de capital productivo en forma de inversión extranjera directa (IED) al igual que una entrada sustancial de capital improductivo o ficticio en busca de comprar los activos de empresas estatales lucrativas pero privatizadas (Petras y Veltmeyer, 2004). Lo que siguió fue la denominada «Edad de Oro del Imperialismo Norteamericano» —a saber, la entrada facilitada y operaciones productivas del capital de inversiones a gran escala que busca

¹⁴ El primer ciclo correspondió a las políticas económicas de los regímenes militares establecidos en Chile, Argentina y Uruguay en los años setenta —políticas diseñadas por los *Chicago boys*, según una receta neoliberal de reformas estructurales favorables al mercado (privatización, descentralización, liberalización, desregularización). Sobre los tres ciclos de las políticas neoliberales, véase, entre otros, Petras y Veltmeyer (2001).

ganancias y mercados—, al igual que la formación de poderosos movimientos sociales campesinos e indígenas para oponerse a la ofensiva de la política neoliberal y protestar contra el impacto destructivo de las políticas neoliberales en sus medios de vida y comunidades —movimientos ya no dirigidos en contra de los grandes terratenientes o el capital corporativo y la agroindustria, sino contra las políticas del Estado local e imperial (Petras y Veltmeyer, 2005a, 2009, 2013)—. Para el final de la década, estos movimientos habían desafiado exitosamente la hegemonía del neoliberalismo en la región como modelo económico y agenda política. Lo que resultó fue una marea «roja» y «rosa» de cambio de régimen —un giro a la izquierda en la política nacional y la formación de regímenes orientados hacia el «socialismo del siglo XXI» (Venezuela, Bolivia, Ecuador) o un post-Consenso de Washington ante la necesidad de una forma más inclusiva de desarrollo—, un activismo estatal de inclusión (Argentina, Brasil, Chile, Uruguay...).¹⁵ Los Estados formados en la llamada «marea roja» de cambio de régimen constituyeron un nuevo frente antiimperialista en la lucha contra la intervención imperialista norteamericana —otro frente formado por los movimientos sociales en resistencia y acción directa.

A nivel de la política nacional, la cuestión principal era la intervención de Estados Unidos en asuntos latinoamericanos, incluyendo el financiamiento de grupos de oposición en Venezuela, el bloqueo económico contra Cuba y el intento del gobierno de Estados Unidos de orquestar un acuerdo de libre comercio, primero entre Estados Unidos y Canadá y México, y después un acuerdo continental (Área de Libre Comercio de las Américas, ALCA). El régimen estadounidense fue exitoso en la primera instancia, pero fracasó miserablemente en la segunda; habían encontrado poderosas fuerzas de resistencia en el sector popular de muchos Estados, al igual que amplia oposición dentro la clase polí-

¹⁵ Sobre el post-Consenso de Washington y los dos tipos de «regímenes post-neoliberales» formados tras el amplio desencanto con el, y el rechazo al, modelo neoliberal, véase Barrett, Chávez y Rodríguez (2008); Petras y Veltmeyer (2009); Van Waeyenberge (2006).

tica y elementos de la clase gobernante y el régimen de gobierno en países como Brasil.

En esta coyuntura de desarrollo capitalista, el imperialismo y la lucha antiimperialista tomaron formas diferentes en distintos países, pero Colombia fue única, ya que el movimiento más poderoso en la lucha por las tierras de los años sesenta no ha sido derrotado. Con la tierra aún al centro de la lucha de clase, la existencia y operaciones a gran escala de lo que podríamos denominar narcocapitalismo permitió al Estado imperial estadounidense moverse con fuerza militar contra el principal obstáculo que queda para el desarrollo capitalista de la agricultura en Colombia —hacer el campo seguro para el capital estadounidense— bajo la fachada de una «guerra contra las drogas» emprendida por el gobierno contra los productores de cocaína y el narcotráfico. El mecanismo de esta ofensiva imperial fue el Plan Colombia, una ayuda militar y diplomática estadounidense dirigida a combatir los cárteles de droga colombianos y los grupos de izquierda insurgentes en el territorio colombiano. El plan fue concebido originalmente entre 1998 y 1999 por las administraciones del presidente colombiano Andrés Pastrana Arango y el presidente estadounidense Bill Clinton, como una estrategia anti-cocaína, pero con el objetivo de terminar el conflicto armado colombiano y hacer el campo seguro para el capital estadounidense (Vilar y Cotte, 2010).

Un tercer frente en la ofensiva imperialista contra las fuerzas de resistencia en el sector popular involucró la cooperación internacional y las agencias de desarrollo internacional. La estrategia usada por estas agencias fue la misma que se usó exitosamente en los años sesenta y setenta para apagar los fuegos de fermentos revolucionarios en el campo: ofrecer a los campesinos desposeídos y a los pobres rurales una alternativa no antagónica a la movilización social y acción colectiva directa (Veltmeyer, 2005). La estrategia tuvo resultados diferentes en países distintos. En Ecuador, hogar del movimiento indígena más poderoso de la región —la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (Conaie)— la estrategia de etnodesarrollo orquestada por el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID)

resultó en la división y debilitamiento del movimiento, minando su capacidad de movilizar las fuerzas de resistencia popular (Petras y Veltmeyer, 2009). Por ejemplo, en sólo unos pocos años, Antonio Vargas, presidente de la Conaie y líder del levantamiento indígena más grande del siglo xx, había sido convertido en cabeza de una de las organizaciones no gubernamentales (ONG) más poderosas de la región, con la capacidad de desembolsar fondos para microproyectos de desarrollo local y una consecuente disminución en el poder de la Conaie para movilizar las fuerzas de resistencia. Para 2007, cuando Rafael Correa, un economista de izquierda, llegó al poder como el presidente del país, el movimiento indígena liderado por la Conaie no era ni la sombra de lo que había sido antes, permitiendo a la izquierda política, en forma del Movimiento de Ciudadanos de Correa, hacer a un lado a la Conaie y a los movimientos indígenas en el proyecto político de una «Revolución Ciudadana».

El resultado fue bastante diferente en Bolivia, un caso paradigmático de antineoliberalismo y antiimperialismo en la coyuntura actual de la lucha de clases. Mientras que el movimiento popular en Ecuador había sido hecho a un lado en la captura de los instrumentos de poder estatal por la izquierda política, en Bolivia un extenso proceso de conflicto de clase y movilización masiva fue el preludeo y la condición del ascenso al poder de la izquierda política en forma del Movimiento al Socialismo (MAS). Las «guerras» del agua y el gas, los choques con el Ejército y la destitución de varios gobiernos corruptos y neoliberales, todos fueron parte de un cóctel que permitió el surgimiento de un nuevo «actor» político o instrumento en la forma del MAS y la subida al poder de Evo Morales, lo que fue apoyado por los «movimientos sociales» —que abarcaban comunidades de «campesinos» indígenas, un proletariado rural de trabajadores sin tierra y diversos sectores de la clase trabajadora organizada (Dangl, 2007; Kohl y Farthing, 2006; Webber, 2010).

IMPERIALISMO Y ANTIIMPERIALISMO EN LA ERA DEL CAPITALISMO EXTRACTIVO

La agenda de «reforma estructural» neoliberal del Consenso de Washington facilitó una entrada masiva de capital en forma de IED dirigida hacia la manufactura no tradicional, servicios financieros, informática de alta tecnología y extracción de recursos naturales. Los años noventa vieron un incremento seis veces mayor en las entradas de IED en los cuatro primeros años de la década y luego otro aumento acusado de 1996 a 2001; en menos de 10 años el capital extranjero acumulado por las multinacionales en la región se había triplicado (CEPAL, 2012: 71), mientras las ganancias se disparaban. John Saxe-Fernández, un conocido economista político con sede en México, determinó que en el transcurso de la década el ingreso de IED había recogido ganancias enormes, reflejadas en la salida neta de 100 mil millones de dólares durante toda la década (Saxe-Fernández y Núñez, 2001).

Otra gran entrada tuvo lugar en la primera década del nuevo milenio en el contexto de una mayor expansión en la demanda mundial de recursos naturales y un consecuente auge de las materias primas en Sudamérica (Ocampo, 2007). Como los datos de la tabla 1 muestran, este auge de la exportación de materias primas en el sector energético de los combustibles fósiles y biocombustibles (aceite y gas), al igual que en minerales y metales, y productos agroalimentarios, afectó principalmente a Sudamérica, lo que llevó a una tendencia mundial hacia la (re)primarización de las exportaciones desde la periferia del sistema y a la expansión del capitalismo extractivo.

Los objetivos principales y puntos de destino para la IED en América Latina durante las dos últimas décadas han sido los servicios (particularmente la banca y finanzas), el sector de los recursos naturales (exploración, extracción y explotación de fuentes de energía fósil y biocombustible, metales preciosos y minerales industriales) y productos agroalimentarios. En la era previa de desarrollo liderado por el Estado, la IED había servido predominantemente como una forma de financiar el desarrollo capitalista de la industria y un proceso de «transformación productiva» (conversión

tecnológica y modernización), que se reflejó en la geoeconomía del capital global y en las dinámicas de los flujos de capital en ese tiempo. Sin embargo, el nuevo orden mundial y dos generaciones de reformas neoliberales mejoraron dramáticamente las condiciones para el capital, abriendo el mercado en América Latina para bienes fabricados en el Norte (Estados Unidos, Canadá y Europa) y proporcionando mayores oportunidades para el capital en busca de recursos —consolidando el papel de América Latina como fuente y proveedor de recursos naturales y exportador de productos primarios, un papel que se refleja en los flujos de inversión productiva en la región hacia las industrias extractivas (véase tabla 2).

Tabla 1
Exportaciones de productos básicos (porcentaje total de exportaciones)

	2004	2006	2008	2011
Argentina	71.2	68.2	69.1	68.3
Bolivia	86.7	89.8	92.8	95.5
Brasil	47.0	49.5	55.4	66.2
Chile	86.8	89.0	88.0	89.2
Colombia	62.9	64.4	68.5	82.5
Ecuador	90.7	90.4	91.3	92.0
México	20.2	24.3	27.1	29.3
Perú	83.1	88.0	86.6	89.3
Venezuela	86.9	89.6	92.3	95.5
Latinoamérica	46.2	51.3	56.7	60.9

Fuente: CEPAL (2012).

Tabla 2
Distribución porcentual de IED por sector en América Latina

	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007	2008
Recursos	10	12	12	11	12	13	12	15	30
Manufactura	25	26	38	35	38	37	36	35	22
Servicios	60	61	51	48	46	48	51	49	47

Fuente: Adaptado de Arellano (2010, tabla 2), basado en datos de CEPAL.

Al entrar en el nuevo milenio, el sector de los servicios representó casi la mitad de los ingresos de IED, pero datos presentados por la CEPAL (2012: 50) apuntan a un flujo constante y creciente de capital hacia el sector de recursos naturales en Sudamérica, en especial la minería, donde el capital canadiense tomó una posición predominante, representando hasta un 70 por ciento de la IED en este sector (2010). En el transcurso de la primera década del nuevo milenio la proporción total de capital «en busca de recursos» en IED se incrementó de 10 a 30 por ciento. En 2006 la entrada de capital de inversiones «en busca de recursos» creció en 49 por ciento para llegar a 59 mil millones de dólares, lo que excedió las entradas totales de IED de cualquier año desde que empezó la liberalización económica en los años noventa (UNCTAD, 2007: 53). A pesar de las crisis financiera y económica global de la época, los flujos de IED hacia América Latina y el Caribe llegaron a un máximo histórico en 2008 (128.3 mil millones de dólares), un acontecimiento extraordinario considerando que en ese tiempo los flujos de IED a nivel mundial se habían reducido por al menos un 15 por ciento. Esta tendencia contracíclica marcó la continuación del *boom* de productos primarios y la expansión estable del capital en busca de recursos en la región.

La rápida expansión del flujo de IED hacia América Latina en los años noventa fue un reflejo de las incrementadas oportunidades para la acumulación de capital proporcionadas por los regímenes de política neoliberal en la región, pero en el nuevo milenio las condiciones para el desarrollo capitalista han cambiado drásticamente. En este nuevo contexto, que incluyó un importante realineamiento del poder económico y las relaciones de comercio en el mercado mundial, y el crecimiento en la demanda y los precios de productos básicos, el cambio de dirección de IED hacia América Latina significó un cambio importante en la geoeconomía y geopolítica del capital global. Los flujos de IED a América Latina, entre 2000 y 2007, por primera vez excedieron a los que fueron a América, sólo sobrepasados por Europa y Asia. Y la crisis financiera mundial produjo un cambio aún más radical en la geoeconomía del capital global con respecto a su distribución regional (mayores flujos a América Latina)

y distribución sectorial (concentración en el sector extractivo). En 2005, las economías «en desarrollo» y «emergentes» atrajeron sólo 12 por ciento de los flujos mundiales de capital productivo, pero para 2010, teniendo como trasfondo un marcado declive en estos flujos, estas economías fueron el punto de destino de más de 50 por ciento de los flujos mundiales de IED (CEPAL, 2012). En el mismo año los flujos de IED a América Latina se incrementaron por 34.6 por ciento, muy por encima de la tasa de crecimiento en Asia, que era sólo de 6.7 por ciento (UNCTAD, 2012: 52-54).

El flujo de capital productivo hacia América Latina ha sido impulsado por dos factores: precios altos de los productos básicos, lo que atrajo «inversiones en busca de recursos naturales», y el crecimiento económico de la subregión sudamericana, lo que estimuló las inversiones en busca de mercado. Este flujo de IED estaba concentrado en cuatro países sudamericanos —Argentina, Brasil, Chile y Colombia—, lo que representaba 89 por ciento de las entradas totales de la subregión. Las industrias extractivas de estos países, en particular la minería, absorbieron la porción más grande de estas entradas. Por ejemplo, en 2009, América Latina recibió 26 por ciento de las inversiones mundiales en exploración minera (Sena-Fobomade, 2011). Junto con la expansión de los proyectos de petróleo y gas, la explotación mineral constituye la fuente más importante de ingresos por exportaciones para la mayoría de los países en la región.

GEOPOLÍTICA DEL CAPITAL EN AMÉRICA LATINA: DINÁMICAS DEL IMPERIALISMO EXTRACTIVO

Como se ha señalado, una ola de IED que busca recursos fue una característica principal de la economía política del desarrollo capitalista global al inicio de la primera década del nuevo milenio. Otra fue la pérdida de vigencia del neoliberalismo como una doctrina y modelo económico —al menos en Sudamérica, donde movimientos sociales poderosos se enfrentaron exitosamente a este modelo—. Durante la última década, varios gobiernos en esta subregión, montando una ola de sentimiento antineoliberal producido por estos movimientos,

experimentaron un cambio de régimen —una inclinación hacia la izquierda y lo que ha sido descrito como «extractivismo progresista» (Gudynas, 2010).

Las victorias políticas de estos regímenes «progresistas» elegidos democráticamente abrieron un nuevo capítulo en la lucha de clase y el movimiento antiimperialista, a pesar del hecho de que el gran alcance de la IED en busca de recursos, o capital extractivo, ha generado profundas paradojas para aquellos regímenes progresistas de la región comprometidos a abordar el predicamento de la desigualdad y las condiciones de degradación ambiental que rápidamente alcanzan proporciones de crisis como resultado de las operaciones del capital extractivo.

En este contexto, algunos líderes políticos y movimientos sociales hablan de revolución en el sentido de moverse hacia «el socialismo del siglo XXI» —la revolución «bolivariana» de Venezuela, la «revolución democrática y cultural» de Bolivia y la «revolución ciudadana» en Ecuador—, y junto con varios gobiernos que han aceptado el nuevo desarrollismo (la búsqueda de una forma más inclusiva de desarrollo), efectivamente estos regímenes han dado pasos en la reducción de la pobreza y la inclusión social, usando para este propósito los ingresos fiscales adicionales derivados de los ingresos por recursos. A pesar de eso, al igual que sus vecinos más conservadores —regímenes como México y Colombia, comprometidos con el neoliberalismo y una alianza con el «imperialismo»— los regímenes progresistas de izquierda en la región se encuentran atrapados en un laberinto de una renovada dependencia de extracción de recursos naturales (el «nuevo extractivismo») y exportación de productos básicos («reprimarización»). Además, como argumentó Gudynas (2010), este nuevo extractivismo «progresista» es muy parecido al extractivismo «clásico» en la destrucción del medio ambiente y medios de vida, y la erosión de los derechos territoriales y la soberanía de las comunidades indígenas afectadas directamente por las operaciones del capital extractivo, lo que continúa generando intensas relaciones de conflicto social.¹⁶

¹⁶ Sobre las dinámicas de estos conflictos en el sector extractivo, véase OCMAL (2011), Mining Watch Canada (2009) y los varios estudios de caso por país en Veltmeyer y Petras (2014). Desde finales de los años noventa ha habido una creciente incidencia de protestas

A pesar de que los gobiernos de centro-izquierda «progresistas» usan los ingresos por recursos como un mecanismo de inclusión social y de transferencia directa de efectivo a los pobres, no está claro si son capaces de llevar a cabo medidas revolucionarias en sus esfuerzos por producir una forma de desarrollo más inclusivo y sustentable, o una profundización de la democratización política y económica, permitiendo al pueblo «vivir bien», mientras al mismo tiempo se continúa obedeciendo al capital extractivo y a su asalto global a la naturaleza y a los medios de vida. El problema aquí tiene dos lados. Uno es una continua dependencia de estos regímenes posneoliberales de izquierda (de hecho, todos menos Venezuela) al neoliberalismo («reformas estructurales») en el nivel de política pública macroeconómica. El otro problema tiene que ver con el llamado «nuevo extractivismo» basado en «activismo estatal de inclusión» al igual que la continua dependencia de IED —y por lo tanto la necesidad de llegar a un acuerdo con el capital global en lo que respecta a compartir los ingresos por recursos derivados del proceso de extracción—. El problema aquí es que en esta relación del capital global con el Estado local el primero es dominante y tiene el poder, lo que se refleja en la tendencia de los gobiernos y regímenes políticos formados por la nueva izquierda latinoamericana, incluso en aquellos como Ecuador y Perú que han tomado una «forma populista radical», al ponerse del lado del capital global (las compañías mineras multinacionales) en su relación de conflicto con las comunidades que están afectadas directamente por las operaciones extractivas de estas empresas (véanse los diversos estudios de casos por países en Veltmeyer y Petras, 2014) .

Otro indicador de la relación de dependencia entre el capital extractivo global y el Estado latinoamericano es la incapacidad del último para

locales contra grandes proyectos mineros y petroleros privados (privatizados) basados en capital extranjero, y con respecto a la minería el Observatorio de Conflictos Mineros de América Latina (OCMAL) ha registrado 155 conflictos socioambientales importantes en los últimos años, la mayoría de ellos en Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México y Perú. Véase la página del observatorio (www.olca.cl/ocmal) para mayor detalle sobre estos conflictos.

regular al primero y a las ganancias extraordinarias que logran las empresas que operan en el sector extractivo. Se estima que dadas las bajísimas o, como en el caso de México, inexistentes regalías y el típicamente laxo y bajo régimen tributario sobre explotación de minerales y metales —un factor importante en el régimen de exportación de varios países de la región (en particular Chile, Bolivia, Colombia, Perú)— más de 70 por ciento del valor de estos minerales y metales en el mercado global es tomado por los diferentes grupos de capitalistas en la cadena de producción mundial. Por ejemplo, *Financial Times* informó el 18 de abril de 2013, que desde 2002 hasta 2008, durante el auge de la materias primas, los comerciantes de productos más grandes recogieron 250 mil millones de dólares en ganancias sobre sus «inversiones».¹⁷ Al mismo tiempo, dada la intensidad de producción capital en el sector extractivo, se estima que los trabajadores por lo general recibieron menos de 10 por ciento del valor de los recursos extraídos. Por lo general, los beneficios del crecimiento económico producido por la exportación de la riqueza de los recursos naturales de América Latina se externalizan, mientras que los excesivamente altos costos ambientales y sociales se interiorizan, a costa de las comunidades más directamente afectadas por las operaciones del capital extractivo (Clark, 2002; Veltmeyer y Petras, 2014) .

Depender continuamente del modelo neoliberal de reformas estructurales en el marco del post-Consenso de Washington ante la necesidad de volver a introducir al Estado en el proceso de desarrollo, junto con dirigirse y una continua dependencia al capital extractivo (IED «en busca

¹⁷ En 2000, las empresas y comerciantes del sector hicieron 2.1 mil millones de dólares en ganancias; en 2012 éstas fueron de 33.5 millones de dólares. Y mientras que algunos comerciantes disfrutaron ganancias por encima de 50 o 60 por ciento a mediados de la década de 2000, hoy en día, en el contexto de una «crisis financiera mundial» y una caída en algunos precios de productos, todavía están en un promedio de 20 a 30 por ciento —aún alto para cualquier estándar de negocios—. De hecho, los ingresos netos de las casas comerciales más importantes desde 2003 superan a la de los bancos más poderosos de Wall Street como Goldman Sachs, JPMorgan Chase y Morgan Stanley combinados, o los de un gigante industrial como General Electric. Los comerciantes de materias primas hicieron más dinero que Toyota, Volkswagen, Ford Motor Company, BMW y Renault combinados.

de recursos»), constituyen graves problemas económicos, sociales y políticos para los Estados latinoamericanos que buscan distanciarse de los dictados del capital global y las garras del poder imperial. Sin embargo, el cambio de dirección del Estado en América Latina hacia la regulación en cuanto a las operaciones del capital extractivo, así como la creciente resistencia popular y oposición a los impactos socioambientales destructivos y negativos de estas operaciones, también constituyen problemas importantes para el capital global. La diferencia es que los capitalistas y las empresas que operan en el sector extractivo son capaces de contar con el apoyo y los masivos recursos y poderes del Estado imperial. En lo que respecta a la cuestión de la regulación, los Estados y las organizaciones internacionales que constituyen el imperialismo han sido capaces de movilizar sus inmensos recursos y ejercer sus amplios poderes para crear un sistema de autorregulación corporativo en forma de una doctrina de responsabilidad social corporativa (Gordon, 2010; Minera Canadá, 2009).¹⁸ Con esta doctrina los Estados latinoamericanos que se han dirigido o recurrido a una estrategia de desarrollo de recursos naturales han permanecido bajo una enorme presión para permitir que las empresas que operan en el sector extractivo se regulen a sí mismas. En cuanto a la cuestión de la guerra por los recursos y los conflictos sociales que han rodeado las operaciones del capital extractivo, especialmente en el sector de la minería, en las últimas dos décadas el Estado imperial ha acudido al rescate del capital extractivo una y otra vez. En este sentido, el Estado canadiense ha sido particularmente agresivo en su apoyo incondicional e incansable a las empresas mineras canadienses

¹⁸ En cuanto al régimen normativo establecido para el capital extractivo se han construido dos modelos diferentes, uno por los economistas de la CEPAL, la agencia de la ONU que ha liderado el debate con el neoliberalismo: «activismo estatal de inclusión» o, como Infante y Sunkel (2009) lo ponen, «desarrollo inclusivo». El otro modelo ha sido descrito como «crecimiento inclusivo» y se basa en la agencia del mercado y el «sector privado» en vez del Estado. Una de las formas más definitivas de este modelo ha sido construida por los economistas en el reaccionario (neoliberal) *think tank* canadiense, el Instituto Fraser, y puesto sobre la mesa por un grupo especial del Comité Permanente de Asuntos Exteriores y Desarrollo Internacional de la Cámara de los Comunes de Canadá (2012).

que dominan las inversiones extranjeras en la industria —representando más de 70 por ciento del capital invertido en este subsector en América Latina—. ¹⁹ El apoyo del gobierno canadiense a estas empresas, a través de la presión diplomática ejercida sobre los gobiernos latinoamericanos a favor de la responsabilidad social corporativa, el apoyo financiero y la asistencia en la superación de la resistencia generalizada a las operaciones extractivas de las empresas mineras canadienses en América Latina, ha ido tan lejos como poner a disposición de estas empresas todo el aparato del programa de ayuda exterior de Canadá (Engler, 2012; Gordon, 2010; Gordon y Webber, 2008).

CONCLUSIÓN: TESIS SOBRE EL IMPERIALISMO DEL SIGLO XXI

Las conclusiones que hemos extraído de nuestro análisis de la evolución económica y política de América Latina en las últimas dos décadas se pueden resumir en forma de 12 tesis:

1. Las fuerzas dinámicas del desarrollo capitalista son tanto globales en su alcance como disparejas en sus resultados. Además, el proceso de acumulación de capital involucra la geoeconomía del capital —el avance del capital en tiempo y espacio— y la agencia del Estado imperial al facilitar este avance: la geopolítica del capital.
2. El análisis de clase proporciona una herramienta esencial para comprender las dinámicas económicas y políticas cambiantes del poder imperial en las diversas coyunturas del desarrollo capitalista. Nos permite trazar diferentes etapas en el desarrollo de las fuerzas

¹⁹ Se estima que Canadá representa más de 60 por ciento de las inversiones mundiales en el sector minero de la industria extractiva. En ninguna parte en el extranjero se siente la presencia de la minería canadiense con más intensidad que en América Latina. Más de la mitad de los activos globales de las empresas mineras canadienses, con un valor cercano a los 57 mil millones de dólares canadienses, se encuentran allí.

productivas y las correspondientes relaciones de producción y dinámicas de la lucha de clases. Estas dinámicas, que hemos trazado en el contexto latinoamericano, son tanto internas como internacionales, e implican tanto la relación capital-trabajo como una división Norte-Sur en el sistema capitalista mundial.

3. Mientras que en los años ochenta se acudió al imperialismo para eliminar los obstáculos en el avance del capital y facilitar el flujo de inversiones productivas en la región, en el nuevo milenio se ha acudido a él para ayudar al capital en su relación de conflicto con las comunidades directamente afectadas por las operaciones extractivas del capital, así como para hacer frente al amplio movimiento de resistencia.
4. El cambio en el poder económico mundial en el nuevo milenio y la nueva geoeconomía del capital en la región tienen implicaciones significativas para el imperialismo norteamericano y las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, reduciendo tanto el alcance del poder de Estado de Estados Unidos como la capacidad de Washington para dictar políticas o dominar relaciones económicas y políticas. Esto se refleja entre otras cosas en la formación de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), una nueva organización política de Estados que excluye explícitamente a Estados Unidos y Canadá, los dos Estados imperiales del continente.
5. En condiciones de una mayor demanda mundial por recursos naturales, la pérdida de vigencia del neoliberalismo como modelo económico y varios levantamientos populares y movilizaciones de masas, el nuevo milenio liberó nuevas fuerzas de resistencia y un proceso dinámico de cambio de régimen.
6. Los regímenes de centro-izquierda que llegaron al poder bajo estas condiciones exigieron la propiedad pública de la riqueza de recursos naturales de la sociedad, la estratificación y renacionalización de las empresas privatizadas, la regulación del capital extractivo en cuanto a su impacto negativo en los medios de vida y el medio ambiente (la madre naturaleza), y el activismo de inclusión del Estado al asegurar una redistribución progresiva de la riqueza y los ingresos. Al igual que

en los años noventa, la agencia fundamental de este proceso de desarrollo político fueron los movimientos sociales con su base social en las comunidades indígenas de campesinos y un proletariado rural de trabajadores sin o casi sin tierras. Estos movimientos movilizaron a las fuerzas de resistencia contra la agenda neoliberal de «reforma estructural» en la política macroeconómica, el impacto socioambiental negativo del capitalismo extractivo y la proyección del poder imperial en la región.

7. Estas fuerzas de cambio y resistencia no condujeron a una ruptura con el capitalismo. En cambio algunos de los regímenes de «centro-izquierda» tomaron el poder y, beneficiándose de los altos precios de las materias primas, procedieron a estimular una recuperación económica y con ello una mejora en la condición social de la población (pobreza extrema). Pero las políticas de estos regímenes llevaron a la desmovilización de los movimientos sociales y a una normalización de relaciones con Washington, aunque con una mayor autonomía estatal. En este contexto, Washington perdió aliados y clientes colaboradores en Argentina, Brasil, Uruguay, Bolivia, Venezuela y Ecuador durante este periodo —posteriormente, se enfrentó a una fuerte oposición en toda la región—. Sin embargo, Washington retuvo o recuperó clientes en Panamá, Costa Rica, Honduras, Colombia, Perú, México y Chile. De igual importancia, los regímenes de centro-izquierda que surgieron en la región estabilizaron el capitalismo, conteniendo o bloqueando cualquier intento de revertir la política de privatización de los regímenes anteriores o para moverse sustancialmente hacia lo que el presidente Hugo Chávez llamó «el socialismo del siglo XXI».
8. La fluidez de las relaciones de poder de Estados Unidos con América Latina es un producto de las continuidades y los cambios que se han desarrollado en América Latina. La hegemonía del pasado sigue pesando pero el futuro augura un descenso continuado. Salvo rupturas importantes del régimen en América Latina, la probabilidad es de mayores divergencias en la política y una agudización de las

contradicciones existentes entre la proclamación de retórica y la práctica política de la izquierda política.

9. En la esfera de influencia militar e intervención política, los colaboradores de Estados Unidos sufrieron importantes reveses en sus intentos de golpe en Venezuela (2002, 2003) y Bolivia (2008), y en Ecuador con el cierre de la base militar de Manta; pero tuvieron éxito en Honduras (2009). En 2009, Estados Unidos consiguió un acuerdo para una base militar en Colombia, un importante potencial aliado militar contra Venezuela. Sin embargo, con un cambio en la presidencia de Colombia, Washington sufrió un revés parcial con la reconciliación entre los presidentes Chávez y Santos. Un lucrativo acuerdo comercial de 8 mil millones de dólares con Venezuela superó los acuerdos de Colombia con Washington por una base militar.
10. Es poco probable que los países de América Latina que están llevando a cabo una estrategia extractivista de desarrollo nacional basada en la extracción de recursos naturales y la exportación de productos primarios puedan mantener el rápido crecimiento en el contexto de las contradicciones que son prevalentes en el capitalismo, pero que son más agudas y han tomado una forma particularmente destructiva con el capitalismo extractivo.
11. Las operaciones destructivas del capital extractivo, facilitado y apoyado por el Estado imperial, han generado fuerzas de resistencia poderosas. Estas fuerzas están cambiando los contornos de la lucha de clases, que hoy se centra menos en lucha de tierras y laboral que en los impactos socioambientales negativos del capital extractivo y las dinámicas del saqueo imperialista y la apropiación de recursos naturales.
12. La correlación de fuerzas en la lucha antiimperialista no está clara y es cambiante, pero es evidente que Estados Unidos ha perdido poder e influencia. En conjunto estas continuidades históricas abogan por una mayor cautela al asumir un cambio permanente en las relaciones de poder imperiales con América Latina. Sin embargo, hay razones poderosas para considerar la disminución del poder de Estados Unidos como una tendencia a largo plazo e irreversible.

BIBLIOGRAFÍA

- AMIN, Samir (2001), «Imperialism and Globalization», *Monthly Review*, vol. 53, núm. 2.
- ARELLANO, Juan Martín (2010), «Canadian Foreign Direct Investment in Latin America», *Background Paper*, Ottawa, North-South Institute.
- ARRIGHI, Giovanni (2005), «Hegemony Unraveling I» and «Hegemony Unraveling II», *New Left Review*, II, núm. 32/33.
- Banco Mundial (2008), *World Development Report 2008: Agriculture for Development*, Nueva York, Oxford University Press.
- BARAN, Paul (1957), *The Political Economy of Growth*, Nueva York, Monthly Review.
- BARRETT, Patrick, Daniel Chávez y César Rodríguez-Garavito (2008), *The New Latin American Left: Utopia Reborn*, Londres, Pluto Press.
- BIENEFELD, Manfred (2013), «The New World Order: Echoes of a New Imperialism», en Henry Veltmeyer (ed.), *Development in an Era of Neoliberal Globalization*, Oxford, Routledge.
- BULMER-THOMAS, Victor (1996), *The Economic Model in Latin America and Its Impact on Income Distribution and Poverty*, Nueva York, St. Martin's Press.
- Canada's House of Commons (2012), *Driving Inclusive Economic Growth: The Role of the Private Sector in International Development*, Report of the Standing Committee on Foreign Affairs and International Development, Ottawa, Public Works and Government Services Canada.
- CLARK, Tim (2002), *Canadian Mining Companies in Latin America: Community Rights and Corporate Responsibility*, Conference Report to the Centre for Research on Latin America and the Caribbean (CERLAC) and Mining Watch Canada, Toronto, 9-11 de mayo.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2012), *Statistical Yearbook for Latin America and the Caribbean*, Santiago, CEPAL.
- CROUCH, Colin y Alessandro Pizzorno (1978), *Resurgence of Class Conflict in Western Europe Since 1968*, Londres, Holmes and Meier.
- DANGL, Benjamin (2007), *The Price of Fire: Resource Wars and Social Movements in Bolivia*, Oakland, AK Press.
- ENGLER, Yves (2012), *The Ugly Canadian: Stephen Harper's Foreign Policy*, Halifax, Fernwood Publishing.
- FOSTER, John Bellamy (2003), «The New Age of Imperialism», *Monthly Review*, vol. 55, núm. 3.
- (2006), *Naked Imperialism: The US Pursuit of Domination*, Nueva York, Monthly Review Press.

- FRIEDEN, Jeffrey (2006), *Global Capitalism: Its Fall and Rise in the 20th Century*, Nueva York, W.W. Norton.
- GORDON (2010).
- GORDON, Todd y Jeffery Webber (2008), «Imperialism and Resistance: Canadian Mining Companies in Latin America», *Third World Quarterly*, vol. 29, núm. 1.
- GUDYNAS, Eduardo (2010), «The New Extractivism in South America: Ten Urgent Theses about Extractivism in Relation to Current South American Progressivism», Bank Information Center, en <http://www.bicusa.org/en/Article.11769.aspx>
- HARDT, Michael y Antonio Negri (2000), *Empire*, Cambridge, Harvard University Press.
- HARVEY, David (2003), *The New Imperialism*, Nueva York, Oxford University.
- INFANTE, Ricardo y Osvaldo Sunkel (2009), «Chile: hacia un desarrollo inclusivo», *Revista CEPAL*, vol. 10, núm. 97.
- KLARE, Michael (2003), «The New Geopolitics», *Monthly Review*, vol. 55, núm. 3.
- KOHL, Benjamin y Linda Farthing (2006), *Impasse in Bolivia: Neoliberal Hegemony and Popular Resistance*, Londres, Zed Books.
- LEWIS, Arthur (1954), «Economic Development with Unlimited Supplies of Labor», *The Manchester School of Economic and Social Studies*, vol. 22, núm. 2.
- MAGDOFF, Harry (2003), *Imperialism without Colonies*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Minera Canadá (2009).
- Mining Watch Canada (2009), *Land and Conflict: Resource Extraction, Human Rights, and Corporate Social Responsibility: Canadian Companies in Colombia*, Ottawa, Mining Watch Canada.
- MIROWSKI, Philip y Dieter Plehwe (eds.) (2009), *The Road from Mont Pelerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective*, Cambridge, Harvard University Press.
- O CAMPO, José Antonio (2007), «The Macroeconomics of the Latin American Economic Boom», *CEPAL Review*, núm. 93.
- Observatorio de Conflictos Mineros de América Latina (OCMAL) (2011), *Cuando tiemblan los derechos: Extractivismo y criminalización en América Latina*, Quito, OCMAL, en www.rebellion.org/docs/150198.pdf
- PANITCH (1981), pp. 1-36.
- PANITCH, Leo y Colin Leys (2004), *The New Imperial Challenge*, Nueva York, Monthly Review Press.
- PEET, Richard (2003), *Unholy Trinity: The IMF, World Bank and WTO*, Londres, Zed Books.
- PETRAS, James y Henry Veltmeyer (2001), *Unmasking Globalization: The New Face of Imperialism*, Halifax, Fernwood Books/Londres: Zed Books.

- _____ (2004), *Las privatizaciones y la desnacionalización en América Latina*, Buenos Aires, Libros Prometeo.
- _____ (2005a), «Foreign Aid, Neoliberalism and Imperialism», en A. Saad-Filho y D. Johnston (eds.), *Neoliberalism: A Critical Reader*, Londres, Pluto Press.
- _____ (2005b), *Empire with Imperialism*, Halifax y Londres, Fernwood Publications y Zed Books.
- _____ (2007a), «Neoliberalism and Imperialism in Latin America: Dynamics and Responses», *International Review of Modern Sociology*, vol. 33 (número especial).
- _____ (2007b), *Multinationals on Trial*, Aldershot, Ashgate Publishing.
- _____ (2009), *What's Left in Latin America*, Aldershot, Ashgate.
- PETRAS y Veltmeyer (2013).
- RAZACK, Sherene (2004), *Dark Threats and White Knights: The Somalia Affair, Peacekeeping and the New Imperialism*, Toronto, University of Toronto Press.
- ROBINSON, William (2007), «Beyond the Theory of Imperialism: Global Capitalism and the Transnational State», *Societies Without Borders*, 2.
- ROMERO, Gabriela (2014), «Poder adquisitivo cayó 77 por ciento en 35 años en México», *La Jornada*, 6 de agosto.
- SAXE-FERNÁNDEZ, John y Omar Núñez (2001), «Globalización e imperialismo: la transferencia de excedentes de América Latina», en John Saxe-Fernández (ed.), *Globalización, imperialismo y clase social*, Buenos Aires/México, Editorial Lumen.
- SENA-FOBOMADE (2011), «Se intensifica el extractivismo minero en América Latina», Foro Boliviano sobre Medio Ambiente y Desarrollo, 02-03, en <http://fobomade.org.bo/art-1109>
- UNCTAD (2007), pp. 53.
- VAN Waeyenberge (2006).
- VELTMEYER y Petras (2014).
- VELTMEYER (2005).
- _____ (2010).
- VILAR y Cotte (2010).
- WEBBER, Jeffery (2010), *Red October: Left Indigenous Struggle in Modern Bolivia*, Leiden, Brill.
- WILLIAMSON, John (ed.) (1990), *Latin American Adjustment. How Much Has Happened?*, Washington, Institute for International Economics.
- WOOD, Meiksins (2003), *Empire of Capital*, Londres, Verso.